

El Monte Carmelo



TIP. EL MONTE CARMELO - BUNGOR

## SUMARIO

María del Carmen, por Fr. Sabino de Jesús, C. D.....	41
El Escapulario del Carmen, siempre milagroso, por Fr. Casimiro de la Virgen del Carmen, C. D.....	49
Tu cantor (poesía), por Fr. Florián del Carmelo, C. D.....	56
La Patrona de los marinos, por Fr. Desiderio de la V. del Carmen, C. D....	60
El éxodo de nuestras carmelitas en Caifa (continuación).....	67
El ex-voto de un náufrago, por el P. Vicente Muedra, S. J.....	72
Crónica Carmelitana. — Por intercesión del Letradillo de Santa Teresa. — Necrología.....	79
Crónica General. Roma: La caridad de Benedicto XV en las presentes calamidades. — Los representantes pontificios.....	80

### GRABADOS

Reina del Carmelo, rogado por nosotros.

Preciosas andas para la procesión del Carmen en Vitoria.

Nueva imagen de la Virgen del Carmen adquirida para las procesiones por la «Semana Devota» de Burgos.

## OBRAS PARA EL MES DE JULIO

**Devocionario Carmelitano.** — Precio 1'50 pesetas. Edición de lujo con letra grande, id. Edición de lujo con canto dorado, 3 pesetas. Contiene el Devocionario: el Calendario Carmelitano, con las indulgencias concedidas a las Iglesias de la Orden, Orden Tercera y Cofradía; Ejercicios del cristiano; Método de oír la Santa Misa y de recibir los sacramentos de Confesión y Comunión; Visitas, Trisagios, Viacrucis y una muy variada colección de Meditaciones y Novenas a los Santos principales de nuestra Orden; Oficio Parvo de la Virgen en castellano, cantos populares en música y muchas otras prácticas muy a propósito para fomentar el espíritu cristiano y carmelitano.

**Florilegio Carmelitano para uso del cofrade carmelita, publicado por EL MONTE CARMELO.** — Un bonito volumen, en tela inglesa, de 423 páginas, 1'50 pesetas. — Hállanse en esta obrita cuantas devociones puede apetecer el hijo más amante y devoto de la Reina del Carmelo. Así en este Florilegio encontrará el piadoso lector consideraciones y ejemplos para cada uno de los días del *Mes de Julio*, la Novena a la Virgen del Carmen, *Visita* con dulces y tiernos coloquios entre el alma y la Reina del Carmelo para todos los días de la semana. *Cánticos populares*, puestos en música y a propósito para amenizar los cultos carmelitanos, *Novena de las benditas almas del Purgatorio*, en la que se hacen resaltar las bondades de María del Carmen para los que allí están expiando sus culpas con atroces tormentos, un *Catecismo* del Escapulario y un *Sumario* completo de las indulgencias concedidas a los fieles por visitar las iglesias de la Orden del Carmen. Contiene, además, la santa misa, confesión, comunión, visita al Santísimo Sacramento y otras muchas prácticas religiosas.

**El Monte Carmelo.** — Historia y descripción del Santo Monte. Escrito en francés por el R. P. María Bernardo del S. C. de Jesús, C. D. y traducido por el R. P. Claudio de Jesús Crucificado, de la misma Orden. — Un opúsculo de 88 páginas en 8.º ilustrado con 28 grabados. Precio: una peseta.

Este opusculito escrito en francés por el R. P. María Bernardo, habitante del Monte Carmelo, contiene un resumen de la historia primitiva de nuestra Orden y la descripción completa del Sagrado monte y de sus principales dependencias y alrededores.

**El Santo Escapulario y la Bula Sabatina,** por el R. P. Plácido María de Pilar, C. D. — Un volumen de 144 páginas. Precio: una peseta.

Es un buen tratado apologético sobre el hábito de la Virgen, puesto al servicio de los panegiristas y predicadores de María.





(Imagen que se venera en los PP. Carmelitas de Ubeda)

*Reina del Carmelo, rogad por nosotros.*

# EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Año XIX

15 de Julio de 1916

Núm. 385

## MARIA DEL CARMEN



A Virgen María es mi madre! ¡La Madre de Dios lo es también mía! ¡Oh pensamiento arrobador! El hacía llorar de consuelo y suspensión en éxtasis beatífico a Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga, Pedro Tomás y Magdalena de Pazzis; él basta para embalsamar la vida de celestial perfume y divina bienaventuranza, y convertir en raudal de alegrías inefables las turbias aguas de la tribulación que puedan batir los muros del castillo de mi espíritu. Pero ¿es creíble, me pregunto al oír lo que pudiera sospechar por fábula, es posible que la Inmaculada, la Reina de los cielos, sea en realidad, verdadera y no metafóricamente, mi madre; tan madre, aunque de diverso orden, como la que me introdujo en esta vida corruptible y miserable? Antes bien, responde San José de Cupertino: «Mi madre es la Virgen; la que me engendró, sólo es mi nodriza». Sí, yo admito firmemente su maternidad sin discutirla; ni necesito argumentos para convencerme de tan asombrosa como halagadora verdad. El corazón, que, como dice Pascal (1), *tiene sus razones que la razón no conoce*, así lo necesita, lo ansía, lo exige, lo adivina; Dios lo sella en su bondad paternal, y en ello se goza y recrea María. Ella es nuestra madre por una maternidad de amor del que no me puede dar remota idea el amor más profundo de todas las madres; lo es por habernos adoptado por hijos

1 Pensamientos. P. Cristianos, n.º 58.

con una adopción la más estupenda, libre, eficaz y provechosa; lo es, principalmente, «por habernos concebido, y llevado en su seno, y dádonos a luz a la vida sobrenatural en medio de inefables padecimientos. ¿Cuándo nos concibió? Al concebir a su Hijo; que no fué solamente a un Dios Redentor a quien recibió entonces en su seno, sino a todo el mundo redimido por él; porque ¿qué es la Iglesia de la tierra y la Iglesia del cielo? Es Jesús que va creciendo de siglo en siglo hasta alcanzar su plenitud acá en la tierra y su gloria en la eternidad... En el Calvario es, sobre todo, donde puede comprender el alma que es hija de María: allí fué donde recibió la vida sobrenatural en medio de increíbles dolores. Jesús se multiplica en cada uno de nosotros para ser amado por ella como el hijo es amado por su madre. Y nosotros podemos decirle lo que quizás un ángel no tiene derecho a decirle: podemos llamarla, no sólo nuestra Reina sino también nuestra Madre. La Tradición no dice que María sea la madre de los ángeles, pero ha dicho, y lo repite todos los días, que María es la madre de los hombres y de cada uno de nosotros» (1).

Mas no se aquieta todavía el espíritu con estas explicaciones: ¡tan estupenda e inconcebible dignidad y dicha reputa el tener por madre a la Madre del Redentor! No se da por satisfecho de todo en todo con oír lo que, sobre este punto, le anuncian los hombres; y, temiendo no sea verdad tanta ventura, anhela fehacientes pruebas de lo que apenas puede darse cuenta; ansía palpar los *instrumentos de probanza* y convencerse de ello a ojos vistas; aspira, en una palabra, a oírlo de labios de la mismísima María. Pues bien; todo ello, y muchísimo más, poseo en el santo Escapulario carmelitano. Un día de eterna memoria, aparece la Virgen, vestida de luz celestial, circundada de querubes, al Santo Simón Stock, trayendo del cielo una vestidura para la que no posee digno epíteto el idioma de los hombres, y le dirige palabras del cielo de su corazón que, vertidas al lenguaje humano, suenan así: «Recibe, hijo mío, este Escapulario como prenda y escritura de mi maternidad; será para ti y para cuantos lo vistieren divisa y sello real, no ya de una filiación común a todos los cristianos, sino de otra especial y singular a la que co-

1 C. Sauv e, *Jesús íntimo*, 2.<sup>a</sup> p. t. 2.<sup>o</sup> p. 326 y 327.

rresponderá de mi parte un más tierno e íntimo cariño, una más continua, segura y visible protección». Ni es ésta la única vez que ha declarado la Reina del Empíreo ser sus Carmelitas los Benjamines de su corazón: harto solemnes, públicas y de todos conocidas, fueron las ocasiones en que, cual madre ternísima que nunca se cansa de repetir el nombre de hijo al objeto de sus caricias, dando vida y animación al mármol y al bronce, y señalando a sus cofrades, hizo resonar en inmensos concursos de gentes aquellas sabrosísimas y jamás dignamente agradecidas palabras: *Estos son mis hijos, esto es, mis hijos especiales, predilectos.*

Alégrate, pues, ¡oh alma revestida del santo Escapulario, mil y mil veces dichosa sobre toda ponderación! María es tu verdadera madre: tienes quien llene las ansias infinitas de tu corazón, quien te haga del destierro la antesala del cielo. No te es lícito dudar de su amor. Esfuérzate con la imaginación en reunir en uno el fuego encerrado en el corazón de todas las madres, los incendios de caridad hacia el prójimo en que ardían los Santos al desear, como Pablo, ser anatema por sus hermanos o entregarse por ellos, como Paulino, en dolorosa y perpetua esclavitud; agrega a esto los divinos ardores en que se abrasan los nueve coros angélicos, y toda esta inmensa hoguera de amor, será, no lo dudes, una centellita, nada más, comparada con el volcán existente en el corazón de tu Madre celestial. En la unión con este tu amante corazón ¡oh María!, es mi anhelo vivir. Tu nombre será, juntamente con el de Jesús, lo primero que acudirá a mi mente al despertar con la venida de la aurora, lo que meditaré y me servirá de compañía y solaz durante el día, la última palabra que sellará mis labios al entregarme al reposo, las músicas y placeres que soñará mi espíritu en las horas nocturnas. Consagraos, ¡almas!, a esta vida de unión con María del Carmen, y ella, os lo prometo, engendrará en vosotros dicha completa e imperecedera: testigo aquella princesa Luisa de Francia que exclamaba: «Para mí todo el año es una fiesta continua; todo me sonrío, hasta los muros que me separan del siglo en esta casa de mi Madre», y, en nuestros días, otra más célebre hija del Carmelo que se sorprendía a sí misma diciendo a la Virgen estas angelicales palabras traducidas ya a todas las lenguas: «¿Sabes, Madre querida,

que *me siento más feliz que Tú?* Yo te tengo por Madre, y Tú no tienes, como yo, una Santísima Virgen a quien amar... Es verdad que eres la Madre de Jesús, pero Tú me lo has dado. Así, somos más ricos que Tú. En tu humildad deseaste en otro tiempo ser la sierva de la Madre de Dios; y, en cambio, yo, insignificante criatura, no soy tu sierva sino *tu hija*. Tú eres la Madre de Jesús, y eres también *mi Madre*» (1).

\* \* \*

El amor por sí solo no basta a tranquilizar el espíritu; para producir íntegra la felicidad, necesita aliarse con el poder. Una madre terrena podrá a lo sumo comunicar una parte de la dicha. ¿Fáltale poder a la Virgen para lavar, como diría León, las tristezas del alma y desterrar de ella todo temor, duda, congoja respecto de lo presente y de lo porvenir, y constituir así mi más cumplida y cabal felicidad? El dudarlo sería ya una blasfemia contra la Santísima Virgen. En ella corren parejas el amor y el poder. ¿Quiéres conocer hasta dónde se extiendan los límites de su imperio? Pues investiga primero su nobleza, dignidad, virtud, méritos, gracia y santidad. ¿Preguntas quién es María? Acude a los Doctores, Teólogos y Padres de la Iglesia: quizá ellos acertarán a balbucir la grandeza infinita de la Reina Soberana. «¿Qué lengua—y no seré yo quien hable—aunque fuere la de los ángeles, podrá enaltecer con dignos elogios a la Virgen?» (2). «Si podemos medir la tierra con el palmo y cercar el mar con una cuerda; si el cielo se mide con cierto número de codos, y si la multitud de las estrellas puede contarse; si las gotas de lluvia, la fuerza de los vientos y los granos de arena pueden ser determinados, seguramente este problema que examinamos, hablo de la perfección de la Virgen, puede fácilmente comprenderse» (3). «Si os doy, ¡oh Virgen!, el nombre de Cielo, estáis aún más alta; si os llamo Madre de las naciones, no digo bastante» (4). «Vos sois el Arca de Dios, la causa de todo y la ocupación de todos los siglos—*negotium omnium saeculorum*» (5). «Sí, el asunto de todos los siglos,

1 Sor Teresa del Niño Jesús, Carta XIII a Celina.

2 S. Bern., serm. IV de Assumpt..

3 S. Germán.—De dormit. V.

4 S. Ag., serm. XXXV, de Sanet.

5 S. Bern. serm. IV de Pent.

porque habéis llenado con vuestra grandeza y excelencia todos los siglos, habéis ejercitado los talentos de todos los siglos y cansado todas las plumas y todas las lenguas» (1). «Todas las criaturas son siervos vuestros, como de la augusta Trinidad; de cualquier grado que sean, ya las espirituales, como los ángeles, ya las racionales, como los hombres; ora los elementos, como los cielos, ora los elegidos y los mismos demonios; todo cuanto está sujeto al imperio de Dios, lo está también al de la gloriosa Madre de Dios» (2). Mas ¿para qué fatigarse en determinar una gloria, una soberanía y dignidad que «me atreveré a decirlo, la misma Virgen no puede declarar, porque no la puede suficientemente comprender?» (3). Digamos, sin comentario alguno, como los Evangelistas: *Maria, de qua natus est Jesus*: María es la Madre de Dios. Y proclamada esta verdad de fe, no he menester me expliquen los Teólogos con Alberto Magno, que después de la gloria de Dios viene la de su Madre—*inmediatae post esse Deum est esse matrem Dei*—o con el Aquinatense que «la Virgen por su maternidad toma del bien infinito, que es Dios, una dignidad infinita, de modo que bajo este concepto nada puede existir superior a ella» (4); y sería querer demostrar lo evidente el intentar probar estos asertos de todos los Santos Padres: María es la Reina de la Creación—en ella se aúnan todas las virtudes, dones y privilegios—por sus manos pasan cuantas gracias se conceden a los hombres—no ruega sino dispone y manda en la corte celestial—su poder no tiene otros límites que los del Creador—y, en consecuencia, es omnipotente, si no por naturaleza, por gracia.

He aquí por qué serie de proposiciones hemos llegado a la tan suspirada conclusión: *María, omnipotente, es mi madre*. ¿Qué más puedo ambicionar? La razón la aclama Todopoderosa, y su Escapulario es la sagrada inscripción grabada en todo mi ser: *Filius meus es tu*—Tú eres mi hijo predilecto. ¿Qué, pues, me faltará para ser completamente bienaventurado, si puedo repetir a cada instante las más conmovedoras y salutíferas palabras: *¡María es mi madre!* Este será el cántico divino que resonará siempre en mi corazón:

1 J. Miechox, Conferencias, t. IV. p. 326.

2 S. Bernard. De Laud. V.

3 S. Agustín.

4 1.<sup>a</sup> p. q. XXV, art. 6.<sup>o</sup>

¡Madre mía de mi alma!

«Voz de luz que luces enciende en el firmamento; palabra de suavidad que embalsama el ambiente con su aroma; armonía misteriosa que el huracán apacigua, que los mares calma, que hace enmudecer al trueno, y que a los rayos encadena.

¡Madre mía de mi alma!

Voz de amor que amores engendra; palabra de dulzura que ambrosía destila; melodía celestial que en coros de ángeles convierte las orgías de los pecadores.

¡Madre mía de mi alma!

Si esa palabra cae en la tierra, dulcificará las aguas de los mares, y flores y frutos brotarán las piedras vivas.

¡Madre mía de mi alma!

Si esa palabra sube a los cielos, los cielos enmudecerán al escuchar los encantos de tanta melodía.

¡Madre mía de mi alma!

Esa palabra es más expresiva que el elogio en boca de la elocuencia; es más armoniosa que los ecos de la poesía; es más entusiasta que un himno; es más sublime que una epopeya.

¡Madre mía de mi alma!

Esa palabra es la vida que en trasportes se dilata; es el corazón que en suspiros se deshace; es el alma que de amores desfallece; es la mente que en deliquios se extasía.

¡Madre mía de mi alma!

Esa palabra es el amor de María que trasforma al hombre en ángel; esa palabra es la gracia de Dios obrando en el corazón de la criatura» (1).

Todo esto, e infinitamente más, imposible de explicar, significa, promete y realiza el Escapulario Carmelitano. El será la efigie del numen tutelar que, esculpida en el bajel de mi alma, lo preservará de los escollos, calmará las tempestades y lo conducirá a puerto seguro de salvación; el sello de la Reina de los mundos impreso en mi pecho como señal de

1 Cánticos Orientales.—¡Madre mía de mi alma!.—Carbonero y Sol.

sagrada posesión suya, a la que nadie presumirá acercarse; él, por decirlo de una vez, será para mí, ¡oh María!, tus brazos amorosos en los que, cual infante en los de su madre, descansaré ajeno de temor y duda, sin que haya cosa alguna capaz de enturbiar el gozo de mi espíritu: que poderosa eres, ¡oh Madre!, para librarme de peligros, trabajos y tentaciones, de los elementos, del infierno y de las iras de la Justicia Eterna. No se me oculta que, formado del limo, puedo ingratamente olvidarme de Dios y lacerar al mismo tiempo el corazón de María; pero tampoco ignoro que puedo siempre volver a ella sin tener que oír palabra de reprobación. Si en Dios me estremece la Justicia infinita, la grandeza de su majestad, el terror de la Divinidad, nada de esto veo en María: pura criatura es como yo; madre de misericordia se apellida, y, aunque es Soberana, «tiene más de madre que de Reina», como decía su gran devota Teresa del Niño Jesús. Sé igualmente que seré visitado por la tribulación, pues escrito está: «Persecución, de parte del infierno, de los hombres o de la carne corruptible, padecerán los que quisieren vivir viadosamente en Cristo»; pero el amor hace hallar dulzuras y sonrisas en los mismos trabajos: que no por ser María la Reina de los mártires, dejó un instante de serlo de los espíritus bienaventurados. Ella me guardará en vida y muerte como a la pupila de sus ojos, ni me dejará al posar mis plantas en los umbrales de la eternidad. Reina es también de aquel mar de fuego, llamado Purgatorio, sobre cuyas olas, dice el Eclesiástico, se pasea, visitando y socorriendo a sus hijos. Allí acudirá presurosa con su santo Escapulario para mitigar mi dolor y refrigerarme en medio de las llamas, pues «ninguna pena hay en aquel lugar, como lo reveló a Santa Brígida, que por su medio no sea más suave y llevadera» (1), y para librarme cuanto antes, el sábado después de mi muerte, de la casa del dolor e introducirme, dignamente ataviado, en las moradas de la eterna e indeficiente ventura, donde no se romperán antes se perfeccionarán las relaciones de particular filiación que me unieron a ella en la tierra, aumentándose mi gloria accidental al mostrármeme su divino rostro que tendrá para sus hijos predilectos un no sé qué de especial unión, cariño, ternura, resplandor y beatitud.

---

1 Rev. I. VI, c. X.

He aquí un pálido reflejo de la maternidad de la Virgen del Carmen en vida y muerte, en el Purgatorio y en el Em-píreo. Dígaseme ahora si la fe en la maternidad de María, en el santo Escapulario Carmelitano, no basta para hacernos completamente dichosos. ¡Corazones para quienes es la vida asunto demasiado monótono y fastidioso, carga en extremo abrumadora y aborrecible! ¡Corazones sobre los que gravita con toda su fuerza y crueldad el pesimismo de la existencia! Venid a María; vestid santamente su Escapulario carmelita, y experimentaréis que con él os han venido todos los bienes.

FR. SABINO DE JESUS, C. D.



*Preciosas andas para la procesión del Carmen en Vitoria.*

## EL ESCAPULARIO DEL CARMEN, SIEMPRE MILAGROSO

---

**A**si como los milagros obrados por Jesucristo prueban la divinidad del Cristianismo; así, también, los milagros obrados por la Reina del Cielo, mediante el Santo Escapulario del Carmen, muestran su origen celestial y mariano. Podrá la hipercrítica modernista, fiel al principio demoledor que informa sus investigaciones, gloriarse de haber pulverizado los fundamentos históricos que sirven de base a las tradiciones carmelitanas sobre la virtud y privilegios vinculados al Santo Escapulario; lo que nunca podrá explicar satisfactoriamente es, cómo, si las promesas que se le atribuyen son una fábula, una impostura, las ha autorizado con innumerables y estupendos milagros, induciendo de este modo al error a todo el pueblo cristiano.

Seis largas centurias han pasado desde que la Orden de María enarboló su santo Escapulario y lo presentó al mundo como signo de paz, de salud y vida eterna, y en todo este tiempo la Virgen Santísima del Carmen ha confirmado con incesantes y grandes prodigios las enseñanzas y predicaciones de sus hijos los Carmelitas. Estos milagros fueron más visibles y se repitieron con más frecuencia en los siglos inmediatos a la aparición de la Santísima Virgen a San Simón Stock y al papa Juan XXII, pues entonces eran necesarios para que el conocimiento de las grandes promesas que la Reina del Carmelo había hecho a sus cofrades se difundiese por todo el mundo. Pero, así como una planta bien arraigada no necesita del riego frecuente que le era necesario cuando tierna, tampoco fué necesario que se obrasen tantos milagros como al principio en favor del Santo Escapulario, una vez que el orbe católico se hubo alistado bajo esta gloriosa bandera de María y su devoción constituyó como parte esencial de

la vida del cristiano. Sin embargo, en ningún tiempo han cesado completamente, y aun hoy mismo son muchos los hechos prodigiosos obrados por su virtud, a los cuales no les falta para que les podamos llamar milagros más que el juicio favorable de la Iglesia, que seguramente podríamos obtener siempre o casi siempre, con solo que fuéramos más cuidadosos en procurar que se instruyera, en cada caso particular, el oportuno proceso. De los muchos acontecimientos maravillosos y de fecha reciente que hemos oído referir a personas fidedignas y testigos oculares vamos a insertar algunos, pues seguramente que ellos han de servir para avivar la devoción que todos profesamos a nuestra piadosísima Reina y Madre del Carmelo. De este modo cumpliremos también un deber de piedad y agradecimiento para con la Santísima Virgen; pues, si, como dijo el Angel a Tobías, *es cosa muy loable el publicar y celebrar las obras de Dios* (1), no lo es menos el divulgar las grandes maravillas de María, para que todos pongan en Ella su confianza y alaben al Señor que tanto poder le concedió.

## SALUS IN PERICULIS

La Iglesia saluda a la Virgen Santísima con el título de *Salud de los enfermos*, y Ella dijo de su Santo Escapulario que es *Salud en los peligros*, medicina efficacísima para todas las enfermedades de alma y cuerpo, y estas promesas de la Virgen confirman los casos siguientes.

### CURACION DE UN PARALITICO

En el «Asilo de Hermanitas de los Pobres Desamparados» de esta ciudad de Burgos, se encuentra recogido el anciano Luis Beltrán, natural de Covarrubias, Prov. de Burgos, de 75 años de edad, el cual ingresó hace diez y seis meses en dicho benéfico establecimiento. Hacía cuatro meses que estaba completamente imposibilitado, con las piernas rígidas y el cuerpo encorvado, sin poderse mover sino con mucha dificultad, a saltitos y con ayuda de dos muletas. Todas cuantos remedios le aplicaron los médicos resultaron ineficaces, por lo cual le habían dejado

1 *Tob., XXII, 7.*

ya por incurable, y él se hallaba resignado a pasar en tan lamentable estado el tiempo que Dios le concediera de vida. Dábale, no obstante, mucha pena el no poderse valer ni para los menesteres más necesarios, no tanto por los sufrimientos que padecía, cuanto por las molestias continuas que causaba a los que le asistían.

Así las cosas, llegó la novena del Carmen, que se hace todos los años en la capilla del Asilo, y tras ella la fiesta de la Virgen Carmelitana, en cuyo día acostumbra el celoso capellán de la Casa, don Rosendo Alvarez, imponer con autorización de los Superiores de nuestra Orden, el Santo Escapulario a los asilados que desde la última imposición son admitidos en el Establecimiento. Este acto suele tener lugar después de la misa de comunión, y entre los que le recibieron el pasado año, se encontraba el anciano Luis Beltrán. Refiere él, con su ingenua sencillez, que tanto durante la novena como en la misa y en el acto de la imposición, se encomendó fervorosamente a la Virgen Santísima del Carmen, pidiéndole la gracia de que pudiera valerse sin ayuda ajena, a lo menos en las cosas ordinarias, para no molestar a nadie. No se hizo mucho de rogar esta bondadosa Madre. Cuenta el afortunado anciano que apenas se le impuso el Escapulario notó en todo su cuerpo un temblor extraño, observando al mismo tiempo que las piernas perdían su rigidez y que podía enderezar el tronco del cuerpo. Su primera intención fué la de tirar las muletas y comenzar a gritar; ¡milagro! ¡milagro!; pero, fué tal la impresión que esto le causó, que no podía convencerse de lo que estaba palpando, y temeroso de ser víctima de una alucinación, continuó usando las muletas durante aquel día. Al llegar la noche, y antes de que el enfermero fuese a acostarle, como de costumbre, tanteó cerrar la ventana sin ayuda de muletas, lo cual verificó sin dificultad. Lleno de alegría se desnudó y acostó solo, siendo grande la sorpresa del enfermero cuando al ir a meterle en la cama le encontró echado en ella y su cara inundada de alegría. Al día siguiente se vistió solo y se dirigió a la capilla como los demás, donde oyó la misa y comulgó de rodillas, cosa que no había podido hacer desde que le cogió la parálisis. Pronto se cumplirá el año de este hecho prodigioso, sin que en todo este tiempo haya sentido el menor síntoma de recaída, antes bien

siente en su cuerpo y en sus piernas una resistencia y una agilidad impropias de su edad y de la vida de sufrimientos y privaciones que llevó hasta que tuvo la suerte de ingresar en el Asilo. Baste decir que, lo que no podrían hacer otros asilados de menos edad que él, suele oír la misa entera de rodillas. El señor Santaolalla, médico del Establecimiento, ha certificado que la ciencia humana no ha tenido intervención alguna en la cura del imposibilitado. Hace pocos días tuve el gusto de visitarle, y a través de su rostro bañado de paz y alegría, pude ver una alma cándida, sencilla y trasparente, con todos los encantos y el frescor del alma de un niño.

### CURACION DE UNA NIÑA

El cristiano caballero D. José Jiménez, habitante en Madrid, Travesía del Conde Duque, 8, nos envía un atento comunicado, rogándonos le insertemos en la Revista, para gloria de su bienhechora la Santísima Virgen del Carmen. Trátase de una niña de quince meses de edad, hija de nuestro comunicante, a la cual ha librado de la muerte. Hallábase dicha niña en gravísimo estado, atacada al corazón, cuyas funciones iba por momentos paralizando, por una fiebre altísima, consecuencia de un sarampión infeccioso en alto grado. Desahuciada por varias eminencias médicas, la ciencia llegó a pronunciar su sentencia de muerte, por boca de un afamado Doctor de la Corte, el cual afirmó que no le quedaban más que diez minutos de vida. La niña tenía los labios blancos, los ojos vidriosos y el corazón había casi cesado de latir. Al oír su familia tan doloroso presagio y perdida toda esperanza en los médicos de la tierra, acudieron sus padres y parientes a la que es Salud de los enfermos, y Medicina de todas las dolencias, y postrándose junto a la cama de la moribunda, suplicaron con grandísima fe y devoción a la Reina encantadora del Carmelo, que curase a la enfermita. A los cinco minutos de hecha esta plegaria, abrió los ojos, miró a todos y vieron, locos de alegría, cómo volvía a la vida. Este grandioso suceso ocurrió el día 2 de junio, y pocos días después se encontraba completamente restablecida. Sus antes afligidos y hoy felicísimos padres, no hallan palabras bastantes para encomiar y cantar alabanzas a la Santísima Virgen del Car-

men, que tan bondadosamente oyó sus oraciones, llenas de fe y confianza, sin lo cual de nada sirven las súplicas.

### PODER DEL ESCAPULARIO SOBRE EL INFIERNO

En el libro de los Cantares se nos presenta a la SSma. Virgen *terrible y majestuosa como un ejército en orden de batalla* (1), a la cual los cielos y la tierra veneran como a Reina. Ella quebrantó la cabeza de la serpiente infernal, y por eso los espíritus diabólicos tiemblan en su presencia. Este su poder contra el Príncipe de las tinieblas suele mostrarle a diario mediante su Santo Escapulario, librando a muchísimas almas, y algunas veces a los cuerpos, de su odiosa tiranía. Pruebas patentes de lo primero se ven cada día al imponer la librea de María a enfermos de gravedad, que tal vez han pasado toda su vida sirviendo gustosamente al enemigo de nuestra salvación. Lo que no es tan frecuente, por ser muy raros los casos de posesos en los países cristianos, es la liberación de los cuerpos. Por eso vamos a insertar un caso muy raro, que tuvo lugar el año pasado, tal como nos lo refiere el R. P. Juan Tomás del Purísimo Corazón de María, C. D. que fué el que impuso el Escapulario a la infeliz mujer de que se habla y presenció tan raro prodigio.

«Hallándome—escribe el citado Padre—predicando la Santa Misión la última semana de Cuaresma del año pasado, 1915, en la parroquia de Navelgas (Asturias), se me presentaron algunas personas en casa del Sr. Párroco donde me hospedaba, diciendo que en un pueblo inmediato había una mujer casada, de 43 años de edad, en el estado más lastimoso que imaginarse puede, la que, según todas las apariencias, estaba endemoniada. Hacía muchos años que no podía entrar en la iglesia, ni pasar por junto a ella, ni practicar acto alguno religioso; y aun cuando alguna vez habían intentado llevarla al templo y hacerla rezar alguna oración, no lo habían podido conseguir; pues se ponía tan furiosa, arrojando espuma por la boca, y daba unos gritos tan horribles que causaba temor y espanto. Presentáronmela la víspera de la terminación de la Misión por la mañana, cuando el Sr. Párroco estaba celebrando la Santa Misa. Muchas personas salieron precipita-

1 *Cant.* VI, 3.

damente de la iglesia al oír los gritos espantables que daba la infeliz mujer. Después que hubo terminado el Sto. Sacrificio, salí yo también, y fuíme a donde estaba la desgraciada, rodeada de cientos de personas. Como de costumbre la ofrecí el Escapulario para que le besase, diciendo: La Santísima Virgen del Carmen la ha de librar de esa desgracia, tenga confianza. No había terminado de pronunciar estas frases cuando dió un salto, y hacía esfuerzos tan desesperados para escaparse, que costó gran trabajo el sujetarla. ¿Y ésa, qué tiene que ver conmigo? gritaba, refiriéndose a la Santísima Virgen. Mandé que rezaran el Santo Rosario allí mismo—en la plaza—y al llegar a la letanía de la Virgen, repetía las mismas palabras, ¿qué tiene ésa que ver conmigo? Por fin mandé que la entraran en la iglesia, y a viva fuerza, entre su marido y otros varios hombres, la colocaron delante de una imagen de la Virgen. Durante la imposición del Escapulario estuvo terrible, arrojando abundante espuma por la boca; y al colocársele, dió un tremendo salto y al momento se echó larga en tierra, sin habla, como muerta. Apenas terminé la ceremonia, levantó un poco la cabeza y abriendo desmesuradamente los ojos, dijo: Gracias a Dios que me han dejado libre. —Padre, quiero confesarme—. Se confesó tranquilamente, y volvió a su casa con gran paz, y con admiración de todos; mandéla que comulgara tres días seguidos, y lo hizo, y sigue como si nunca hubiera tenido nada. Según todos los que la conocían y presenciaron el prodigio, éste fué un gran milagro del Santo Escapulario del Carmen. Un Sr. Párroco publicó el caso milagroso en los periódicos de *El Carbayón* y *El Pueblo Astur*».

### UN CASTIGO EJEMPLAR

Vamos a terminar este artículo, que se va alargando demasiado, con un hecho terrible, para que sirva de escarmiento a los mofadores del Escapulario de María, y en el cual se ve con qué rigor castiga el Señor a los que profanan esta prenda de la misericordia de la Reina carmelitana. Tuvo lugar el triste acontecimiento que vamos a referir hacia el 20 de julio del 1891 en la villa de Aranda de Duero, Provincia de Burgos.

En el referido mes y año vivía en dicha villa un matrimonio: la esposa era muy piadosa y de buenos sentimientos;

el esposo un blasfemo y enemigo de las cosas de religión. El mencionado día acertó a predicar un sermón sobre el santo Escapulario el R. P. Constancio del Sagrado Corazón de Jesús, C. D., al fin del cual pidió la piadosa señora que se le impusiesen. Cuando se le estaban imponiendo vióla un amigo de su marido, quien se lo refirió a éste. Indignado el impío, se fué inmediatamente a casa y la esperó en el portal donde tenía su despacho de carnes; era tablajero. Al ver llegar a su mujer, se enfureció como un energúmeno, y apenas puso ésta el pie en el portal la increpó diciendo: ¿de dónde vienes...? Ella, que le conocía muy bien y temía hiciese alguna enormidad, le dijo que venía de la Iglesia, como así era. —¿Qué has hecho allí?, repuso el marido. —Rezar por ti y por mí, respondió la mujer. Así siguió el diálogo entre los dos, pero sin declararle que se había impuesto el Santo Escapulario del Carmen, temerosa de alguna profanación. Encolezado por fin el hombre, se abalanza sobre ella y la arrebató el escapulario que llevaba sobre su pecho. Cógele furioso y le coloca hecho un demonio sobre el tajón que le servía para partir la carne. Sostenía el escapulario con la mano izquierda, mientras que con la derecha levantó el machete de partir las carnes; pero, ¡oh prodigio! al descargar el golpe sacrílego sobre el santo Escapulario, éste se le cae de la mano, y agarrado al machete queda muerto y espantosamente carbonizado con los pelos de punta y los ojos desencajados.

¡Oh infeliz y malaventurado mortal, para quien fué ocasión de eterna condenación el que para tantos es prenda de salud, de paz y reconciliación! ¡Desgraciado del que se mofa y abusa de las misericordias de María! Adoremos los justos juicios de Dios y alabémosle por que de tal modo supo volver por la honra ultrajada de la Madre del Carmelo.

FR. CASIMIRO DE LA V. DEL CARMEN, C. D.

# TU CANTOR

(ECOS DEL CARMELO)

Desde que pulso la lira  
Hacia ti van mis cantares  
Sin cesar:  
Alma que por ti delira  
Vendrá siempre a tus altares  
A cantar.

—  
¡Qué alegre y bella es la vida,  
Madre mía del Carmelo,  
Junto a ti!  
Aquí el corazón se olvida  
De que es destierro este suelo,  
El de aquí.

—  
El Señor así lo quiso:  
Y aquí la gloria se encierra,  
Como ves;  
Aquí brotó el paraíso  
Al herir la dura tierra  
Con tus pies.

—  
Los valles que embalsamaste,  
Las cumbres que recorriste  
Con amor,  
La cañada que cruzaste  
¿Cómo ha de ser valle triste  
De dolor?

—  
Pero hay días que a los ojos  
Se agolpa y empieza el llanto  
A saltar;

Entonces, Madre, de hinojos  
Caigo al borde de tu mato  
A llorar.

---

Tú que sabes lo que es pena,  
Tú que sabes de dolores  
Y aflicción,  
Aceptarás, Madre buena,  
Este llanto y estas flores  
De pasión.

---

¡Cuántas veces en la vida  
Nos ve dichosos el mundo  
Sonreir!  
Y es que no ve nuestra herida,  
Ni siente el dolor profundo  
Ni el gemir.

---

¡Ay, que en cárcel tenebrosa  
Como en el lugar más santo  
Ve el mortal  
Una corriente copiosa  
Que es de hieles y de llanto  
Gran raudal!

---

Que en la más límpida fuente  
Y en el árbol más florido  
De un vergel,  
La ponzoñosa Serpiente  
Con su aliento corrompido  
Dejó hiel.

---

Y de este vergel la calle  
Más bañada de frescura  
Y de luz,  
Es de lágrimas un valle  
Y una calle de amargura  
Y de cruz.

---

Y aunque es tu Carmelo un cielo,  
 Y aquí se goza, Señora,  
 De un Edén,  
 También aquí en tu Carmelo  
 El alma padece y llora,  
 Sí, también.

—  
 Mas, yo sé que de este llanto  
 las gotas has de cogerlas  
 Con amor  
 En los vuelos de tu manto  
 Donde se cuajan en perlas  
 De valor.

—  
 De este modo el sufrimiento  
 Y la cruz humedecida,  
 Madre, así,  
 Causan placer y contento...  
 ¡En la Cruz está la vida  
 Junto a ti!

—  
 Y así como el pajarillo  
 Es en las zarzas de espinas  
 Tan cantor  
 Como en el verde tomillo  
 Y en las ramas peregrinas  
 Y en la flor,

—  
 Así en mis gozos y angustias  
 Como el ave en la enramada  
 Cantaré;  
 Cantaré en las horas mustias,  
 Y en ti, Madre desolada,  
 Pensaré.

—  
 Por tu Monte iré cantando  
 Como las aves del cielo  
 Que hay aquí;  
 Vaya mi canción volando

En los *Ecós del Carmelo*  
Hasta ti.

---

Siempre que pulse la lira  
Hacia ti irán mis sentires  
A parar.

Trovador que en ti se mira  
Vendrá a ti, porque le mires,  
A trovar.

---

No busca gloria mundana  
Que se marchita en un día  
Cual la flor;  
Sólo el poeta se ufana  
Y quiere ser, Madre mía,  
Tu cantor.

FR. FLORIAN DEL CARMELO, C. D.

Santo Monte Carmelo—Julio—1913.

# La Patrona de los marinos

*Tú mandas en el mar, Tú de sus olas  
Tranquilizas el fiero torbellino*

(Carvajal, *Salm.* LXXXVIII, 11).



ADA hay que así nos haga formar idea del poder y de la majestad divinos como el mar embravecido; por eso, el Salmista, después de preguntar: *¿Quién como Tú, oh Señor Dios de los ejércitos?*, comienza a enumerar sus grandezas diciendo: *Tú tienes señorío sobre la bravura del mar y el alboroto de sus olas Tú le sosiegas* (1). También la Santísima Virgen, que desde su trono del Carmelo domina los mares y es Faro de bonanza y Ancora de salvación, parece que se complace de un modo particular en pasearse por sus inquietas y soberbias olas para salvar a los pobres náufragos y asistir a los marineros que a Ella fervorosamente se encomiendan. Buena prueba de ello son los supervivientes del «Peña Castillo», del «Vigo» y del «Príncipe de Asturias», los cuales se libraron milagrosamente, gracias a la protección visible de la Virgen del Carmen, de las horribles catástrofes en que perecieron sus compañeros de navegación, como consta por el testimonio de los mismos, según se ve por las siguientes reseñas.

*Cómo se salvaron los supervivientes del «Peña Castillo».*

—El joven y bravo primer oficial de este buque, D. Luis Bengoa, hundido por una mina flotante en el canal de San Jorge el día 19 de Agosto del año pasado, ha hecho relatos conmovedores de la horrible tragedia que costó la vida a 23 de los 26 hombres que le tripulaban. Su salvamento y el de sus dos compañeros puede calificarse de milagroso, y así lo han proclamado ellos al cumplir el voto que hicieron a la

1 *Salm.* LXXXVIII, 9, 10.

Virgen del Carmen en aquellos momentos de suprema angustia, en que se vieron, sumergir primero, y flotar después, sobre el trágico torbellino que devoró a sus compañeros. Dejemos la palabra al piadoso y afortunado oficial, que nos dice con acentos velados por la emoción: «Pocos minutos habían pasado desde las dos de la mañana, cuando de súbito se sintió a proa una conmoción indescriptible. Había ocurrido una formidable explosión debajo de la misma proa. Fué un fragor formidable. Una tromba de agua se alzó sobre la proa y cayó sobre la cubierta del «Castillo». Al mismo tiempo una gran llamarada iluminó siniestramente las aguas. El barco se levantó como empujado por un resorte, siendo todo cosa de segundos. Viendo que no había lugar para nada, grité al timonel, que estaba junto a mí: ¡Salta al bote! No se hizo repetir la orden. Dejó la rueda del timón y saltó al mismo tiempo que yo sobre la ballenera. Lo primero que hicimos fué soltar los aparejos que la sujetaban para que flotase en el momento (de hundirse el barco. Yo solté el aparejo de proa, el timonel se apresuró a soltar el de popa; desde este momento ya no volví a saber más de él. Sentí que el barco, levantado por la explosión, al caer pesadamente en el agua, se hundía en medio de un formidable remolino. El instinto de conservación me hizo agarrarme a la bancada del bote sobre el que me hallaba, y en esta forma desaparecí bajo la superficie. La boca se me llenó de agua; pero, aunque experimenté una angustia infinita y sentía que me asfixiaba, confiando en la Virgen del Carmen, a quien me encomendé, no perdí la serenidad, seguro de que Ella me sacaría a flote. Hubo un momento en que comenzó a faltarme el conocimiento; mas, en el mismo instante, noté una sensación de frío en la cabeza. Era el viento, y esto me hizo comprender que había vuelto a la superficie. Mire en torno mío. Nada quedaba ya del barco. Algunas escalas, algunos trozos de madera flotaban sobre el lugar del hundimiento. Cerca de mí estaba el bote salvavidas, quilla al sol, o mejor dicho, quilla a las estrellas, porque el sol no había asomado aún sobre el horizonte de la mar. Me así a la quilla del bote volcado y pude montarme encima de él. Vi un cuerpo que manoteaba sobre el agua tratando de alcanzar el bote. Era el muchacho de cámara Donato García, que no sabía nadar y que mila-

grosamente había vuelto a flote. Le ayudé a subir sobre la quilla. No tardamos en ver otro bulto. Era un hombre que se sostenía sobre unas tablas, y que habiéndonos visto gritaba que fuéramos a recogerle. Le dijimos que no podíamos movernos, y entonces él hizo un esfuerzo y consiguió acercarse a donde estábamos nosotros. Todavía oímos a otro hombre que daba grandes voces llamando a su mujer y a sus hijos. No pudimos saber quién era, ni hacer nada para auxiliarle, pues estábamos a merced de la corriente, y acabó por desaparecer.

Con esto quedamos los tres solos en medio de la mar, y al vernos a merced de las olas, de noche y sin que se divisara una sola luz, nos encomendamos a la Virgen del Carmen e hicimos voto de ir a Revilla a oír misa y comulgar, si por un milagro nos salvaba de aquel peligro de muerte inevitable en que nos encontrábamos. A poca distancia vimos flotando el bote pequeño del «Peña». La otra ballenera debió deshacerse, porque vimos restos de sus tanques-flotadores que iban a la deriva. Las horas de la noche fueron tremendas. Las luces de unos buques pasaron por el confín del horizonte, pero estaban tan distantes, que era imposible que desde allí oyesen nuestras voces. Fué preciso resignarse y esperar... ¡Esperar! Eso se dice pronto. Esperar en medio del mar, sobre la quilla de un bote, es una tortura sin ejemplo.

Sobre las cinco de la madrugada vinieron las luces del día. Para entonces había salido viento fresco del Norte, y con las ropas empapadas tiritábamos de frío. Hacia las ocho de la mañana vimos un vapor y la esperanza volvió a nosotros. Yo me quité la chaqueta y la coloqué como bandera en un remo que habíamos recogido del agua. Con ella en la mano me puse de pies sobre la quilla e hice esfuerzos desesperados. Mis compañeros gritaban con todas sus fuerzas... Parecía que nos habían visto del vapor, pero de pronto viró de bordo y se desvió como tres cuartas. Entonces nos creímos perdidos irremisiblemente; el barco que podía salvarnos, se alejaba— ¡Está cerrando el timón! ¡Está cerrando el timón!—dijo de pronto el marinero. Era verdad; el vapor cerraba el timón, acercándose a nosotros. A las nueve de la mañana éramos recogidos a su bordo. Se trataba de un transporte de la marina de guerra inglesa».

\*  
\* \*

Es el santuario de Revilla, inmortalizado por la pluma de Pereda, algo así como el Carmelo de la montaña, donde los bravos hijos del mar Cantábrico acuden con frecuencia a postrarse ante la linda y antigua imagen de su Patrona la Virgen del Carmen, unos para darle gracias por el favor alcanzado, otros para pedirle su protección y amparo. A esta devota imagen fué a la que se encomendaron, como buenos montañeses, los afortunados supervivientes del «Peña Castillo», y a la cual atribuyen el milagro de su salvamento. Por eso, tan pronto como desembarcaron en Santander, el día 7 de septiembre, sin cuidarse de tomar el descanso que tanto necesitaban, se dirigieron a pie al venerando santuario, para cumplir la promesa que hicieron a la Reina del Carmelo. Nuestro estimado colega de la capital montañesa *La Atalaya* hace de la hermosa función que con tan fausto motivo se celebró, la siguiente animada e interesante reseña.

«Un acto de una grandeza ejemplar y al mismo tiempo de una sencillez conmovedora, tuvo lugar ayer, (día 8 de septiembre) y de él fuimos testigos nosotros. Nos referimos al cumplimiento del voto hecho por los supervivientes del «Peña Castillo» a su Patrona la Virgen del Carmen, durante las horas trágicas que siguieron a la catástrofe. El señor Bengoa hizo promesa de ir a pie hasta el venerado santuario de Revilla y oír misa y comulgar ante el altar que en el santuario tiene la Madre del Carmelo. A su piadosa obra se asociaron otras gentes, deseosas de conmemorar también el salvamento milagroso. Estas gentes eran amigos del señor Bengoa, compañeros suyos de profesión, y damas piadosas que veían clara y manifiesta la intervención de la Santa Virgen y querían postrarse a sus plantas, y los sencillos aldeanos de Revilla que sienten todavía el fuego del fervor en su pecho como si la fe estuviese en sus tiempos heroicos. Fué un cuadro de una sencillez admirable, y al mismo tiempo de una riqueza jubilosa de tonos. Todo reía en la clara mañana de septiembre. Los campos entre los que se alza la ermita florecían como una bendición. La vasta inmensidad azul del cielo hacía pensar en las vastas y hondas soledades marinas. Las campanas—esas mismas campanas pastorales que desgra-

nan sus ángelus en los libros de los poetas, volteaban locas. Ni una sombra sobre el cuadro feliz. Sólo de corazón adentro se agazapaba el gran dolor de las vidas perdidas y el recuerdo triste de los compañeros inmolados.

»Poco antes de llegar nuestro coche a Revilla nos cruzamos con el señor Bengoa, que marcha a pie en cumplimiento de su promesa. Le acompaña el primer oficial del «Peña Sagra», don Luis Mora. Los otros dos supervivientes, el timonel Cipriano Porrua y el camarero Donato García, han quedado rezagados y deben seguir después. En coches y en los tranvías eléctricos se trasladan a Revilla distinguidas familias de Santander y de los pueblos próximos. En el atrio humilde del templo el disparo de bombas y cohetes, unido el repique de las campanas, anuncia el comienzo de la solemnidad.

»Entre humildes flores y viejos candelabros se yergue sobre sus andas la imagen de Nuestra Señora del Carmen de Revilla. Luce un manto nuevo, regalo de la virtuosa señora viuda de San Martín. El capellán don Dionisio Navarro, un bondadoso sacerdote que se esfuerza por complacer a todos, tuvo empeño en que la imagen lo estrenase ayer. Todo a mayor honra y gloria de su culto y del hecho que se celebra. A las nueve y media de la mañana se organiza una conmovedora y sencilla procesión. La imagen es sacada a hombros de don Luis Bengoa, de los capitanes del «Peña Rocías» y del «Peña Cabarga», don Manuel Saiz y don Manuel Gómez de la Sota, y del redactor de este periódico don José del Río. Sigue el capellán señor Navarro revestido, y un piadoso y heterogéneo cortejo entonando cánticos de la Virgen. La procesión dió así una vuelta al templo y una vez terminada dió principio el Santo Sacrificio de la Misa, comulgando los supervivientes y personas de sus familias.

»La misa fué cantada por un coro de niños del pueblo. En la humilde ermita campesina, llena del perfume silvestre de los campos, entre las blancas paredes de las que pendían los ex-votos polvorientos, ante un concurso de fieles que sentían sus corazones oprimidos por el peso de la tragedia, aquella misa cantada por los chicos de los labradores, tenía la ingenuidad y el perfume evangélico de un versículo de la Biblia. Una misa en la Capilla Sixtina, dirigiendo el coro la batuta del inmortal Perosi, no hubiese dejado tal huella

en las almas. Durante el Santo Sacrificio dirigió la palabra a los fieles el oficiante señor Navarro. Trató de la fiesta de la Virgen que se celebraba ayer mismo, haciendo resaltar las especiales circunstancias de este año, por la presencia de los marinos supervivientes de una hecatombe. Habló del culto de la Madre de Dios en sus distintas advocaciones, y especialmente en la advocación gloriosa del Carmen. En encendidos párrafos pintó la devoción de los antiguos marinos montañeses a la Virgen del Carmen de Revilla.

»Terminó la solemnidad religiosa cantándose por los fieles una Salve en acción de gracias por el salvamento de los tres supervivientes y rezándose un Responso por el alma de los víctimas. Y así terminó la jornada de ayer en Revilla, hermosa página de fe, de religiosidad y de compañerismo escrita por los marinos montañeses».

*Los supervivientes del «Vigo» y del «Príncipe de Asturias».*  
—Cuando el «Vigo» fué torpedeado, nueve marinos de su tripulación quedaron en lanchas salvavidas sobre un mar sereno; pero desprovistos de ropas, alimentos y a merced de las olas. A las ocho de la noche se desencadenó una tan furiosa tempestad, que todos hubieran irremisiblemente perecido, a no ser por la protección visible y milagrosa de la Santísima Virgen y Madre del Carmelo. Al verse aquellos infelices, tan pronto sepultados en los profundos senos de la mar, como elevados sobre ingentes montañas de agua, ateridos de frío, llenos de hambre y muertos de sed, sin esperanza de humano auxilio, no cesaban de invocar con abundantes lágrimas y gritos de dolor a su piadosísima Patrona, haciendo fervorosas promesas para que les librara de la trágica muerte que les acechaba. Día y medio estuvieron padeciendo angustias mortales, aunque confiados siempre en la protección de la Reina de los mares, la cual, después de haber probado su fe y devoción los condujo sanos y salvos al seno de sus familias. Eran naturales de La Puebla del Caramiñal (Coruña); donde, así que llegaron se celebró una gran función religiosa en acción de gracias por tan singular favor. Consistió ésta en una misa solemne en la que predicó la misericordias de la Virgen del Carmen, el R. P. Gerardo Lema, dominico de Padrón. El amplio templo parroquial estaba completamente lleno, hasta el punto de que a muchísimas personas les fué imposible la

entrada. ¡Qué cuadro tan conmovedor el que ofrecían aquellos nueve náufragos rodeando el altar de su Patrona, vestidos con las ropas que traían cuando el torpedeamiento y sosteniendo en las manos velas encendidas! Durante todo el tiempo que duró la misa estuvieron de rodillas derramando lágrimas de ternura y agradecimiento, que las arrancaban de los ojos de los oyentes. Concluído el Santo Sacrificio salió la procesión llevando la imagen y estandarte de la Virgen dichos marinos, seguidos de numeroso concurso, y acompañados de la banda municipal y del batallón infantil.

También la Santísima Virgen hizo sentir su protección a dos marinos de esta misma villa que navegaban en el «Príncipe de Asturias». Los dos son hermanos y ambos desaparecieron bajo las olas al chocar contra las rocas este precioso trasatlántico. Como el mayor de ellos, Manuel Vilasó, no figurase en la lista de los supervivientes, y la Compañía a la que pertenecía el citado buque telegrafíase a la familia que desgraciadamente no se tenía noticia de él, después de un mes de ocurrida la catástrofe, celebráronse, por su eterno descanso, solemnes funerales. Fácilmente se comprende cuál sería la sorpresa y alegría de todo el pueblo, y particularmente de su familia, al verle llegar perfectamente sano. Tanto él como su hermano aseguran que su salvación la deben exclusivamente a la Patrona de los marineros, a su amadísima Virgen del Carmen, a quien invocaron con fervor y confianza en trance tan apurado. Por esta razón recorrieron la parroquia pidiendo limosnas, con las cuales se celebró en la iglesia de Santa María del Gobre una solemnísimas fiesta religiosa, con misa y procesión, asistiendo a ella un sinnúmero de fieles y predicando con fervorosa elocuencia el distinguido orador mercedario calzado de Poyo (Pontevedra) R. P. Martín López.

Con cuánta razón canta la Iglesia de María

Salve de la mar Estrella

Excelsa Madre de Dios,

Virgen siempre y pueta Vos

Feliz sois del cielo y bella.

FR. DESIDERIO DE LA V. DEL CARMEN, C. D.

# El éxodo de nuestras carmelitas en Caifa

(Relato de una Religiosa) <sup>(1)</sup>

## II

### Temido bombardeo de Caifa



El tiempo se pasaba y la guerra se agravaba más y más, cuando un día, precisamente el primero del año, llegamos a saber que la flota italiana había bombardeado la víspera a Beyruth, y que en esa misma noche, tal vez, bombardearía a Caifa. Como no se podía saber de fijo si vendría o no, nuestro deber era hacer lo que podíamos en tal caso. Nuestra Reverenda Madre estaba gravemente enferma con pulmonía, y no se le podía decir nada; y así, entre la R. M. Supriora, la Madre ex priora y algunas más, hicimos lo que pudimos, sin alarmar a las otras hasta saber de fijo las cosas.

Como nuestra celda estaba situada en la parte más elevada del convento, pudiendo dominar desde ella un campo inmenso, me mandaron que si distinguía algo lo advirtiese a las dos madres, y que en seguida, con nuestra enferma en un colchón, bajaríamos todas a los entresuelos, que los hay muy grandes en el convento.

Con esta orden, tu puedes comprender lo que yo podría dormir: a cada segundo me parecía oír las sirenas de los buques de guerra, y saltaba de la cama, donde me acosté vestida. En una de éstas, noto cierta claridad extraña, que por el otro lado de la Santa Montaña del Carmelo, iluminaba el mar. Miro por un lado y por otro, salgo despacito de la celda, observo por otras ventanas, y no podía darme cuenta de lo

1 Véase el número de 1.º de Julio.

que era. Me acostaba de nuevo, y no podía estar tranquila, pues decía yo: ¡Dios mío! ¿y si por mi descuido nos sucede algo?

Por otro lado, las madres, rendidas con arreglos de papeles y otras cosas, me costaba despertarlas cuando apenas se habían dormido. Señor, ¿qué hacer? Por fin, me decido a ir donde la Madre ex priora y le digo bajito: «Madre, veo algo como claridad en la mar, y no sé si son proyecciones eléctricas que los buques proyectan de lejos, o qué puede ser». La pobre Madre, se levanta a escape, y mientras se viste, me voy a otra ventana para ver qué podía ser aquello; cuando me apercibo que eran relámpagos sin truenos!!!

Al pensar que el cielo me había jugado semejante partida, no podía conmigo misma de la tentación de risa que me daba, y volviendo donde la Madre, siempre me acordaré cómo le dije: «¿Sabe, Madre, que son relámpagos que brillan detrás de la Santa Montaña? Duerma tranquila». Con eso, yo también me acosté, y por la mañana, en Caifa todo estaba como en la víspera. Pero qué de veces, mi querida Elena, no nos hemos divertido en la recreación con mis famosas proyecciones eléctricas...

Después de esto se temía el bombardeo de San Juan de Acre, que precisamente está situada al otro lado del mar, enfrente de nuestra Santa Montaña. San Juan de Acre es villa fortificada y muy mala; los turcos de allá son muy feroces, mucho peores que los de Caifa. Del bombardeo de Acre nosotras no teníamos que temer nada; pero lo que se temía era, y no sin fundamento, que atacando los italianos a Acre, bajasen de las montañas masas enteras de paisanos fanáticos, y sin más, comenzasen a degollarnos; y el camino por donde habían de bajar, justamente se encontraba junto a nuestro solitario y retirado convento, y hubiéramos sido las primeras víctimas inmoladas.

### Esperando el martirio

El caimakám (el gobernador civil turco y el mismo de ahora que es muy afecto a los europeos, y siempre ha favorecido a nuestros padres de la Santa Montaña), sabíamos que hubiera hecho todo lo posible para reprimir a los fanáticos, pero en Caifa suele haber pocos soldados: unos cincuenta so-

lamente. Entonces todos eran cristianos, a lo que parece; pero ¿qué podían ellos contra miles y miles de terribles mahometanos? Casi nada. En todo el pueblo reinaba grande pánico; todos los días se esperaba la matanza al día siguiente. Los cónsules se reunían; los hombres querían preparar una defensa tras las inmensas tapias de nuestro jardín; e incluso la colonia alemana, que se encuentra entre Caifa y nuestra amada soledad, nos pedía que recibiésemos en nuestra clausura las mujeres y los niños, mientras los hombres, como acabo de decirte, se batían con los musulmanes (musulmán, mahometano, turco, hijos del profeta, todo es una misma cosa); y según nuestros superiores, en un caso como ése, nuestro deber era de acceder a lo que se nos pedía, por ser superior la ley de Dios a las leyes de la clausura.

### Nuestro refugio, el Carmelo

Nuestros padres del Carmelo, a su vez, nos tenían preparado un lugar en la hospedería del convento, para acogernos allí, si el caso se presentaba, a fin de que bajo su protección viviésemos o muriésemos todas, si Dios tal disponía. Ellos nos hubieran dado la absolución y la santa Comunión, si se podía; y ellos y nosotras, con nuestras capas blancas, hubiéramos salido juntos para la gloria. Era un sueño dorado, pues, a pesar del peligro, la palma del martirio no había nacido aún para nosotras.

### Una procesión a la Escuela de los Profetas

En ese mismo período de la guerra de Italia, una mañana, después de la Misa conventual, comenzamos a oír un barullo extraordinario por el lado de Caifa, como ruido inmenso y lejano, que se acercaba más y más. Era un ¡uh! ¡uh! ¡uh! formidable, y, como siempre, estábamos en espera. Nos decíamos: «¡bah! esta vez vienen», cuando supimos que era una especie de procesión que los turcos hacían a la Escuela de los Profetas, que es una grande caverna de roca, situada en la falda de la Santa Montaña, y que hoy pertenece a los turcos, por habérsela robado a los padres, y donde habita un viejo santón (ermitaño mahometano). Es doloroso pensarlo. Llamábase Escuela de los Profetas, por ser el lugar

donde nuestros santos Padres Elías, Eliseo y sus sucesores, celebraban sus santas reuniones. Hoy está convertida en mezquita.

Allí iban en procesión los turcos a pedir a San Elías, nuestro Padre, la victoria contra los italianos, y como pasaban cerca de nuestra casa, nos dimos cuenta muy bien del dicho murmullo, en el cual consistía su oración. Tienen gran veneración a Ntro. Sto. Padre Elías; si bien procede más del miedo que le tienen, que de otra cosa. Pues hay más de un ejemplo en el Carmelo de los castigos que han recibido del Santo Profeta, cuando los turcos han ofendido a sus hijos los Descalzos de la Santa Montaña.

### San Elías castiga a un turco

El narrártelos todos sería tarea demasiado larga, mi amada Elena, y así solo uno te diré, muy terrible, y es como sigue. Teniendo nuestros padres un molino para procurarse por medio de su renta lo necesario para la vida, arrendaron el dicho molino a un turco, el cual, para ganar más, con perjuicio de los padres, y sin saber ellos nada, cuando le parecía cambiaba las aguas que le hacían funcionar y les daba otra dirección. Con esto, naturalmente, el molino no andaba bien, y él se quejaba a los padres diciéndoles que no podía ganar lo que tenía que pagarles, lo cual no era verdad; pues que, cuando él quería, hacía venir las aguas, y el molino andaba. Pero como el tal molino está, no en la Santa Montaña, sino en un pueblecito, los pobres padres, después de oída la disculpa y tal vez habiéndolo visto alguna vez sin agua, le creyeron y le hicieron la rebaja que les pedía.

Pues bien, justamente cuando volvía del Carmelo a su casa, después de conseguir lo que deseaba, y felicitándose de haber engañado a los padres, se encuentra con un anciano de aspecto venerable y de larga barba blanca, que, acercándose a él, le dirige estas severas palabras: «¿Así tratas a mis hijos?» Y le da una terrible bofetada. Con la fuerza del golpe, se le saltó un ojo de su órbita. Con eso, el anciano desaparece, y el pobre turco, que reconoce en él a San Elías, que le ha herido por haber engañado a sus hijos, va a su casa con su ojo saltado, cuenta a su mujer lo ocurrido, vuelve en seguida donde los padres, les declara su superchería, pídeles perdón,

y les suplica rueguen por él al Santo Profeta, prometiendo dar la mitad de sus bienes al convento, si el Santo le devuelve el ojo perdido.

Los padres, llenos de compasión, se lo perdonan todo, y al día siguiente celebran una misa por el turco a la cual asisten todos. Esta misa, celebrada en honor del Santo Profeta en la propia gruta que él habitaba cuando vivía en el Santo Monte y hoy se encuentra debajo del santuario de la basílica, le obtiene la curación del ojo; y el turco, como puedes comprender, quedó convertido en amigo y bienhechor de los padres.

Este acontecimiento es tan verídico, que el Carmelo posee aún las tierras que el turco legó a la comunidad para cumplir su promesa de dar al Santuario del Profeta la mitad de sus bienes, y aun hoy el molino está arrendado a los sucesores de él. Esa misa dicen que fué celebrada con la asistencia a ella del turco, y allí, en la gruta, es donde se obró el milagro. El Procurador del Carmelo, que sabía bien lo ocurrido, nos lo contó a nosotras, es decir a las madres, hace algunos años.

*(Se continuará).*

# EL EX-VOTO DE UN NAUFRAGO

---

## I



UALQUIERA que haya visitado el pintoresco valle de X., situado en los confines de nuestra fértil huerta valenciana, habrá divisado un montecillo poblado de pinos y robles, cuyos peñascos acarician las aguas del mar; y casi en su cumbre una pequeña ermita de blancas paredes, sencilla y devota como los moradores de la cercana aldea, preciosa y poética como la vega que la circunda.

Venérase en ella una imagen de la Virgen del Carmen, que viene a ser para los pueblecillos del valle, lo que la Virgen del Castillo para Cullera y Nuestra Señora de los Desamparados para Valencia.

Graves negocios me obligaron a morar por algunos días entre aquellos campesinos, y no quise desperdiciar la ocasión que se me ofrecía para visitar aquel santuario, y con este fin salí una mañana, antes de despuntar el alba, de la casa del tío Tano que con exquisita caridad me hospedaba aquellos días.

La brisa pura y refrescante; el aroma de las flores que crecían en los ribazos y bordes del camino; el primer canto de los pájaros que salían de sus nidos para saludar a la aurora; el cielo azul como todos los de Mayo en nuestra región levantina; y allá más adelante las espumosas crestas que depositaban en la arena con alegre murmullo las aguas del mar, y un azul intensísimo salpicado de blanquísimas velas que venía a juntarse a lo lejos con el del cielo, me abstrayeron de tal modo, que cuando desperté de aquel como ensimismamiento, me encontraba subiendo el monte de la ermita.

Solo, pues no quise que nadie me acompañara, al considerar tanta sublimidad, y cercado de cuanto bello y encantador encierra la naturaleza, adoré al Criador del Universo



*Nueva imagen de la Virgen del Carmen adquirida para las procesiones por la «Semana Devota» de Burgos.*

que quiso poner en la tierra un destello de la hermosura que se gozará en las mansiones eternas.

Siguiendo al principio el camino que bordea el monte, internéme después entre pinos, rebollos y encinas silvestres, por una serpenteada senda que en veinte minutos me llevó a la plaza de la ermita, ancha explanada semicircular de más de doce metros de diámetro, limitada por una serie de bancos de piedra.

La capilla, cobijada bajo un picacho que la defiende de los recios vientos del NW., es toda de estilo románico. En su interior y sobre dos columnatas de alabastro que se levantaban hasta un quinto de la altura del santuario, había una mesa de mármol cubierta de tela azul; una gradería de cinco escalones ascendía desde ella, y en el último, sobre un sencillo templete, descansaba la veneranda imagen de la Virgen del Carmen.

Aunque algo ennegrecida por el transcurso de los tiempos, conservaba no obstante aquella mirada materna, aquella dulce expresión de amor y ternura con que arrebatava el corazón de cuantos la contemplaban.

Pobre corona ceñía sus sienes y una guirnalda de arrayán recorría las cuatro paredes, formando dos arcos en cada una de ellas. Cuatro candelabros reflejaban débilmente la mortecina luz de una lamparilla colocada a la derecha de la imagen; y a su alrededor seis jarros repletos de rosas, claveles, nardos y alelías, enviaban a la Virgen su aromática fragancia.

De las paredes laterales pendían gran variedad de ex-votos, aunque uno me llamó más la atención por su proximidad a la imagen y la pericia con que estaba hecho. Representaba una lancha pesquera con su mástil, timón, cuerdas, etc., sin que faltara la pieza más insignificante.

Me aproximé y vi que debajo de este ex-voto estaba escrito con malos caracteres la siguiente inscripción:

«A la Morena, Reina del Valle, ofrece este ex-voto el único de los siete tripulantes de «La Carmen» que arrojó el mar con vida a la playa.—R. S.»

Un hombre de venerable apariencia y porte distinguido rezaba arrodillado el santo Rosario. No quise estorbarle, y arrodillándome comencé a rezarlo yo también.

Poco después salía el caballero de la ermita, dejándome

a mis anchas para poder curiosear con más libertad los ex-votos y sus inscripciones.

Acabado el Rosario y satisfecha mi curiosidad, salía de aquel santo lugar, cuando oí que me saludaban desde fuera. Era el que poco antes rezaba en la ermita.

—Muy buenos días nos dé Dios, me dijo mientras se acercaba y me daba la mano. ¿Le gusta la capillita?

—Muchísimo, le respondí, y sobre todo porque encierra dentro de sí lo que muchas obras de arte no logran infundir: la devoción y el recogimiento.

—Es verdad, caballero, me dijo, y por eso me tiene V. a mí todas las mañanas antes que nazca el sol, en esta ermita pidiendo a *la Morena*, como la llaman los lugareños, que traiga los pescadores con vida a la playa.

—¿Es V. del pueblo? le pregunté.—Sí, señor, de aquí soy, y como todos amamos la casucha que nos vió nacer, de ahí que los dos meses que me dejan libres mis negocios de la capital, los pase casi todos los años junto a mi familia, acompañando muchas veces a los pescadores en sus excursiones, y favoreciéndoles cuanto mi fortuna me lo permite.

—¿Con que es V. pescador por dos meses? le dije sonriendo. Casi, casi, me podría inscribir en su matrícula... porque creo que la pesca ha de tener sus atractivos; eso de ver cada día salir el sol tan graciosamente como ahora le vemos; eso de caminar, como quien dice, sobre las aguas, y de ver en la bodega de la lancha infinidad de peces que coletean y pagan con su rica carne los desvelos y trabajos del marino, eso, querido amigo, sólo los pescadores lo gozan.

—No lo crea V. Yo lo gozo y V. también lo gozaría, pero los pobres pescadores, no; bien dice el refrán que «la abundancia mata el hambre», y como todos los días van y hacen lo mismo, ni les impresiona la salida del sol, ni se dan cuenta de que caminan sobre las aguas. Además, no siempre se pesca y no son pocos los días que vuelven a casa sin tener más que algún mísero pescado que han de partir con su mujer e hijos, y esto prescindiendo de los sustos que pasan cuando se le hinchan al mar sus narices.

—¡Debe ser horrorosa una tempestad en el mar!

—Horrorosísima, y si no fuera por la Virgen del Car-

men que acaba V. de ver, ninguno de los pescadores de este pueblo lo podría contar. No extrañe, pues, los muchos ex-votos que cuelgan de las paredes de la ermita; casi todos son de marineros salvados milagrosamente.

—Sobre todo el de la barca, le contesté al recordar la inscripción que poco antes había leído.

—¡Ah! ¡El de la barca...!; su vista me recuerda un horroroso suceso que tuvo lugar no ha muchos años en aquella parte de mar, como ve V., frente a este monte. Y prosiguió profundamente conmovido: ¡qué lástima! ¡tan cerca de la costa y tantas víctimas!... ¡justo castigo de Dios que no quiere se insulte a nuestra Virgen!

Al verle tan impresionado, y al oír aquellas palabras que debían encerrar alguna horrible tragedia, pedíle que, si no tenía prisa, me lo refiriera.

—Con mucho gusto; mas sentémonos en este banco y así más descansados podremos juntamente admirar el hermoso espectáculo con que Dios nos regala.

En efecto: el disco solar bruñía de plata la movable superficie del mar que como limpio espejo nos lo reflejaba, circundado de nubes matizadas de vivos colores.

## II

Era la mañana de un día de Agosto, comenzó mi interlocutor, pero uno de esos días huracanados, en los que el cielo envía la lluvia a torrentes, y el viento amontona el agua del mar que ruidosamente precipita contra los peñascos.

Roberto, patrono de «La Carmen» que con seis remeros había salido muy de mañana a pescar, previendo lo que le amenazaba, mandó recoger las redes y volver a la costa.

Largo rato adelantaron con bastante dificultad; pero cuando estarían a un tiro de piedra de donde nos hallamos, la resaca comenzó a dificultar la marcha de la barca que apenas lograba avanzar un palmo.

De pronto oyóse un rugido espantoso; era una ráfaga de viento que, formando gigantescos montes de agua, cruzaba el espacio con tal ímpetu, que rompió el mástil en dos trozos, poniendo la barquilla con tan brusca sacudida, a punto de zozobrar.

Una horrenda blasfemia salió de la boca de aquellos des-

almados, y lo que es peor, entre aquellas palabras ¡infames! mezclaron también el nombre de nuestra Protectora.

Al llegar aquí, tornóse lívido el semblante del cristiano caballero. Yo no me atreví a interrumpirle.

— ¡De la Virgen, continuó, que nunca los ha desoído, que siempre les ha vuelto salvos a la playa! Bien se conocía que los remeros no eran del pueblo, sino de muy lejos...

Al oír aquellas palabrotas, saltó Roberto desde proa a la bodega donde aquéllos se encontraban, como sacudido por una descarga eléctrica, y con tono que no admitía réplica mandó callar a los blasfemos, quienes no pudiendo resistir su feroz mirada, bajaron la cabeza y enmudecieron.

El mar alborotábase cada vez más bramando furiosamente; el viento soplaba con más violencia; la lluvia arreciaba. ¡Todos a los remos! gritó Roberto mientras corría él al timón para dirigir la barca.

Obedecieron los remeros, y la lancha, aunque con grande dificultad fué avanzando hacia la costa. Entre los estampidos del trueno y el bullir de las olas oíanse las acompasadas caídas de los remos en el agua y la fatigosa respiración de sus tripulantes.

— ¡Morena, exclamó el patrono al ver su tabla juguete de las olas, y su vida en inminente peligro, ten compasión de nosotros y vuélvenos a la playa!

Apenas había acabado de decir esto, cuando vió venir una ola de extraordinarias proporciones.

— ¡Muchachos, gritó segunda vez Roberto, un esfuerzo y desviad la barca!...

Pero ya era tarde. Aquella mole de agua cogió a la lancha de costado y la tumbó, destrozando el gobernalle.

Un grito unánime y desgarrador, acompañado de ayes y lamentos se oyó entonces; eran las esposas e hijos de aquellos desgraciados, quienes con muchos otros del pueblo contemplaban desde la orilla aquel cuadro, sin poderlos socorrer.

¡Ah, caballero! Yo también les estaba mirando, y confieso que jamás he bebido un trago tan amargo como el que me ocasionaban aquellos infelices, juguetes de las olas.

Pocos segundos después, siete náufragos luchaban desesperadamente contra las olas que pretendían arrebatárles el poco terreno que con tanto trabajo iban ganando.

La lluvia había cesado, pero el viento silbaba furiosamente, formando remolinos de agua que arrojaba a gran distancia.

Levantó Roberto los ojos y vió sobre la muchedumbre que ansiosa le esperaba, la ermita de la Virgen. Lleno de confianza acudió a ella, y le hizo voto de llevar descalzo a su capilla un remo y colgar como ex-voto una barca con todos sus arreos, si le sacaba vivo de aquel peligro.

Seguro del auxilio de María continuó nadando valerosamente; los remeros que poco antes nadaban a su alrededor, fueron poco a poco desapareciendo, de modo que cuando estaría a medio kilómetro de la costa, se halló completamente solo; sus compañeros, más robustos que él y más avezados a estas luchas con las olas, todos habían sucumbido.

El mar levantando montañas de agua, tan pronto levantaba a Roberto a considerable altura, como lo sumergía a gran profundidad, sepultándolo en su seno al juntarse los bordes de aquel precipicio.

Considerábase ya perdido, desfallecido por el cansancio, pero, como nos contaba después, una fuerza superior le animaba y una mano invisible le elevaba a la superficie cuando el oleaje le cubría con su espumoso manto...

Entretanto, mientras las mujeres gritaban y alentaban al náufrago, varios hombres le lanzaban cuerdas para que se agarrase a ellas.

Arrojaron otros un bote al mar que, mecido breve tiempo por las olas, vino a estrellarse contra una peña.

«¡Morena mía!» exclamaba el casi exánime Roberto, dirigiendo su vista a la ermita y pugnando con la resaca que le introducía dentro del mar, «¡Morena mía! ¡mis hijos me esperan, mi esposa me espera, auxiliadme!»

Por fin, una cuerda cayó junto a él; logró con supremos esfuerzos asirse a ella, y entre las azotes del agua que le magullaron todo su cuerpo llegó a la orilla, en donde infinidad de brazos lo recogieron, y seis lo abrazaron cariñosamente. Eran su esposa y sus dos hijos.

—¿Y nuestros maridos?—preguntaron sobresaltadas las esposas de los remeros.

—«¡Maldijeron a la Morena!» fueron las pocas pero expresivas palabras que pudo pronunciar Roberto.

## III

Tres días después, a las cinco de la mañana, las campanas de nuestra iglesia convocaban a todo el pueblo para acompañar en procesión al feliz superviviente que venía a la ermita a cumplir su voto.

Iba detrás de dos largas filas de hombres y mujeres, descalzo y llevando sobre sus hombros un pesado remo de su «Carmen» que el mar había arrojado a la playa.

¡Qué satisfecho estaba!

Al llegar a esta puerta, todos paramos y Roberto pasó por medio de las dos filas, entre las aclamaciones y muestras de simpatía de todos.

La familia de éste y los que pudieron entrar en la ermita, oyeron una Misa de acción de gracias y después todos cantamos los gozos a María.

Aquello fué un desbordamiento de entusiasmo y de alegría; nunca oyeron estos montes tantas voces juntas cantando a la Virgen nuestro amor y nuestro agradecimiento.

.....

Pocos días después estaba ya acabada la barquilla que V. ha visto, y que se trasladó también procesionalmente, colocándose tan cerca de la imagen, para que, como dijo el señor Cura, siendo lo primero que veamos al entrar en la ermita después de la Virgen, recordemos *cómo castiga Dios a los que injurian a su Madre, y cómo auxilia a los que imploran su protección.*

VICENTE MUEDRA, S. J.

# Crónica Carmelitana

---

## POR INTERCESION DEL LETRADILLO DE SANTA TERESA.—

Las gracias y favores obtenidos por intercesión de Sor María de Jesús se suceden unos a otros y se multiplican cada día. Demuéstralo evidentemente el caso que nos refiere D. Eduardo Peña, Párroco de Malaguilla (Guadalajara): «Hace unos meses, dice, tuve el gusto de viajar con un Padre Carmelita del convento de Toledo, muy entusiasta del *Letradillo de Santa Teresa*, cuyas virtudes me refería con devoción, cuyos prodigios admiraba y me enumeraba. Al fin de nuestra conversación, dióme estampas y pañitos empapados en el óleo que destila el cuerpo virginal de la bendita Sor María de Jesús, objetos que entonces guardé con sumo interés y luego repartí entre mis parientes y conocidos, pero con verdadera devoción.

Sin duda ninguna que esta Santita ha correspondido a mi propaganda en su obsequio. Después de cerrado ya su proceso me he enterado de haberse obrado en una hermana mía, que vive ausente en otro pueblo, una curación milagrosa; creo que así se puede llamar. Hace tiempo adolecía de *anemia y tuberculosis*, según el diagnóstico de los médicos, pronosticando que su enfermedad sería larga y tendría funesto desenlace. Sus hijos y yo habíamos concertado hacer a la vez una Novena a Sor María de Jesús, además de aplicarla su estampa y reliquia, ofreciendo yo publicar el favor, si nos concedía su salud. Efectivamente, la gracia solicitada no se hizo esperar mucho; en los días de la Novena empezó la mejoría, y, al terminarla, desaparecieron la *anemia y tuberculosis*, habiendo llegado en poco tiempo a ponerse muy robusta. Cuando todo esto me refería un hermano mío, testigo ocular, no pude menos de exclamar: *¡Milagro de la Venerable Sor María de Jesús!...*»

NECROLOGIA.—En el convento de Carmelitas Descalzas de Vélez-Málaga, falleció santamente el día 22 de Junio, la hermana María Remedios del Carmen, a la edad de 82 años y 63 de religión. Fué religiosa de acrisolada virtud, distinguiéndose de una manera especial en la humildad y pobreza.

—En las Carmelitas Descalzas de San José de Aguilar, pasó a mejor vida el día 27 de Junio, la H.<sup>a</sup> Eugenia del Carmen, a los 77 años de edad y 55 de religión, durante los cuales fué modelo de observancia regular.

—En Madrid falleció con la muerte de los justos, el cristianísimo caballero Excmo. Sr. Marqués de la Floresta, suscriptor de nuestra revista. A su distinguida familia enviamos nuestro más sentido pésame.—R. I. P.

# Crónica General

---

ROMA.—*La caridad de Benedicto XV en las presentes calamidades.*  
—Los franceses internados en Suiza no dejan de dar sinceras gracias a Su Santidad por la buena acogida de que gozan en ese país que tan generosamente se ha prestado a secundar los hermosos planes del Romano Pontífice. También el Papa estimula y alienta a todos los que consagran sus tareas al alivio de los heridos y prisioneros, así leemos que últimamente ha dirigido, por medio del Cardenal Secretario de Estado, un telegrama del presidente de la sociedad bibliográfica de París, congratulándose de la buena obra que dicha sociedad está llevando a cabo, enviando libros amenos, instructivos y religiosos a los prisioneros franceses y belgados internados en Alemania y Holanda, lo mismo a los que se hallan en los hospitales de Suiza. Además ha enviado Su Santidad cuantiosas limosnas, y continuamente lo está haciendo, a los hospitales y colonias que llaman higiénicas donde se recogen los niños pobres y enfermos, muchos de ellos huérfanos a consecuencia de la guerra.

*Los representantes pontificios.*—En el número de 7 de Junio de 1916 de *Acta Apostolicae Sedis* se consigna la variación introducida en el título otorgado a los representantes de la Santa Sede en todos aquellos países que mantienen cordiales relaciones con la Corte de Roma. Por motivos muy dignos de tenerse en cuenta y para rodear de mayor prestigio, si cabe, las personas de estos representantes del Papa, Su Santidad, teniendo presente la relación que le hizo el Cardenal Secretario de Estado, ha decretado que en adelante todos los representantes diplomáticos de la Santa Sede lleven el título de *Nuncios* o *Internuncios apostólicos*, según su categoría, reservándose la denominación de *Delegados apostólicos* a los representantes que tan sólo cumplen por delegación alguna misión eclesiástica, suprimiéndose el título de *Enviados extraordinarios* por no creerlo conveniente al carácter especial de la Diplomacia pontificia. Así, en lo sucesivo, se llamarán *Internuncios* los representantes pontificios de la Argentina, Chile, Holanda, Colombia, Costarrica, Nicaragua, Honduras, Haití, Perú, Bolivia y Venezuela, y *Delegados apostólicos* los representantes en aquellos países que dependen de la *Propaganda Fide*, como Canadá, Cuba, Puertorrico, Islas Filipinas, Méjico y Estados Unidos. Para dar mayor garantía y seguridad a los representantes de la Santa Sede en caso de guerra, y a la vez mayor realce a su dignidad, el Papa notificó a las distintas Potencias que el vapor español *Nuncius*, en el que iba a emprender su viaje Mons. Vassallo di Torregrossa, nuevo Nuncio en la Argentina, enarbolaría la bandera pontificia que había dejado de ondear en los mares desde el año de 1870.

## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

LINEA DE FILIPINAS.—Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, o sea: 7 Enero, 4 Febrero, 3 y 31 Marzo, 28 Abril, 26 Mayo, 23 Junio, 21 Julio, 18 Agosto, 15 Septiembre, 13 Octubre, 10 Noviembre y 8 Diciembre.

LINEA DE CUBA Y MEJICO.—Servicio mensual a Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21 de cada mes.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA Y MEJICO.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Barcelona el 25, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada mes.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes.

LINEA DE BUENOS AIRES.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes.

LINEA DE TANGER, CANARIAS Y FERNANDO POO.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante, el 4 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

---

## FÁBRICA DE PARAGUAS

DE

# FRANCISCO ESTAVILLO

Paraguas, sombrillas, bastones y armaduras. Sedas, satenes, algodones y alpacas. Se hace toda clase de composturas

Calle de Postas, número 26

## VITORIA

---

Talleres y Despacho  
DE JOYERIA Y PLATERIA

GINABREDA (S. A.)

Calle Plateria, núm. 27 — BARCELONA

Especialidad en Custodias, Coronas, Cálices, Copones, Cruces, Báculos y demás joyas para el culto católico.

Completo surtido en objetos de oro y plata para regalos.—Restauración y composición de toda clase de joyas.

Todos los encargos se cumplen con puntualidad y perfección.—Se hacen proyectos y presupuestos.—Garantía en los objetos.

